
CEAR Canarias

30 AÑOS

tendiendo puentes



Primera edición: junio, 2018

Título: CEAR Canarias: 30 años tendiendo puentes

Autor: VV. AA.

Editor: CEAR Comisión Española de Ayuda al Refugiado

Fotografías: Borja Suárez ©

Viñetas: Padylla, Montecruz y Morgan ©

CEAR Canarias

Avenida de Escaleritas, 66

Teléfono: 928 297271

Depósito Legal: M-20618-2018

Este libro está bajo una licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



CEA(R)

Comisión Española
de Ayuda al Refugiado



CEAR Canarias: 30 años tendiendo puentes



Prólogo

Juan Carlos Lorenzo

Cuando necesito respirar que la vida es lo que pasa en cada segundo, no se me ocurre mejor forma de hacerlo que acercarme a uno de nuestros Centros de Migraciones. Ahí vibra la energía de lo importante, del ahora, de la determinación por aportar serenidad y bienestar a la vida que se ve comprometida por la persecución y la desigualdad. Y todo vuelve otra vez a tener sentido.

Por ahí han pasado cientos de personas, historias que trataron de derrumbar y que consiguieron rehacerse. Puertas abiertas, mirada firme y voluntad de reconstruir los puentes hacia las certidumbres necesarias para seguir adelante han sido nuestras propuestas. CEA(R) en Canarias ha cumplido 30 años extendiendo sus brazos para tratar de ser el paso seguro. Y en ello seguimos, trabajando por fortalecer de forma compartida el camino.

Canarias ha sido tierra de acogida de estas tres primeras décadas de CEA(R) en las islas. El compromiso de las instituciones y sus representantes ha sido fundamental para llegar hasta aquí, al igual que el de las personas trabajadoras que hacen posible que CEA(R) en Canarias se sostenga y eche raíces en nuestra sociedad, el de las personas voluntarias y colaboradoras que aportan otra dimensión a la organización, que la transfieren a todos y cada uno de nosotros, a la ciudadanía. Especial recuerdo a todas las personas que han estado y están, que viven con nosotros para aportar dignidad y bienestar a sus proyectos de vida. Así como a ti, que abres este libro con la intención de conocer y comprender.

Hemos cumplido 30 años, pero nuestro compromiso y nuestro reto se renueva día a día.

Nos seguimos encontrando.



Una iniciativa trascendental para el refugio en España

Carlos Berzosa

CEAR-Canarias cumplió en 2017 treinta años. En este libro se presentan de una manera sintética pero muy acertada lo que han representado estos años. Me cabe el honor de felicitar a CEAR-Canarias por su aniversario y por la labor tan extraordinaria que ha llevado a cabo durante este tiempo. Su creación fue una iniciativa importante y trascendental para el refugio en España y en el avance del derecho de asilo.

En 1988, once años después de la restauración de la democracia, Canarias se había convertido en un puerto de entrada a la Unión Europea (UE) de refugiados y emigrantes. Las guerras que assolaban al continente africano, junto con la represión ejercida por regímenes dictatoriales y la violencia de género, estaban generando la huida de miles de personas hacia países democráticos en los que buscaban encontrar una vida digna que les salvara de la muerte, torturas, mutilaciones y de elevadas penas de prisión. Los refugiados aumentaban a la vez que los emigrantes que huían de la pobreza, hambre y falta de oportunidades.

En esos momentos el gobierno español no se encontraba especialmente preparado para acoger a los que conseguían llegar, pues muchos morían en el mar, debido a que era un fenómeno novedoso, pues históricamente, desde el siglo XIX, eran bastantes españoles los que se tuvieron que exiliar por motivos políticos, así como los emigrantes que se dirigieron hacia América Latina y Europa en busca de una vida mejor que no era capaz de ofrecer nuestro país. En la década de los ochenta la situación cambió. Al tiempo que se afianzaba la democracia se había conseguido salir de la crisis de los setenta y se había ingresado en enero de 1986 en las Comunidades Europeas, ahora UE. De modo que se pasó de ser donante a receptor, tanto de refugiados como de emigrantes.

Por ello la labor de CEAR- Canarias es muy encomiable porque ha sido capaz de cubrir las insuficiencias del Estado en materia de refugio y en la defensa del derecho de asilo. Al tiempo que se ha tratado de sensibi-

lizar a la población a favor de los refugiados y evitar de este modo actitudes de rechazo hacia las víctimas desde posiciones xenófobas y racistas. Se han logrado muchos avances en este sentido, pero hay que seguir trabajando sin cesar para crear unas condiciones dignas de vida para los refugiados que deben ser bienvenidos y bien acogidos por razones históricas, humanistas y solidarias.

En este mundo de desigualdades, de violencia, de opresión y en el que se fomenta el individualismo y la actitud egoísta de los individuos, el hecho de que surjan organizaciones e individuos que reivindican la justicia y la defensa de los derechos humanos es realmente admirable. Por todo esto, compañeros de Canarias que habéis trabajado como empleados y voluntarios en estos años, muchas gracias y ánimo para seguir adelante, pues la tarea que nos queda es mucha ante las tragedias que se están produciendo ante nuestros ojos.



El asilo es un barco a la esperanza

Estrella Galán

Hablar de REFUGIO es hablar de pérdida, de huida, de vértigo, de soledad, de abandono... pero también de un nuevo camino hacia la esperanza. Es enfrentarse a un salto al vacío sin retorno, tras cerrar por última vez la puerta de una casa que no volverás a habitar, guardando en el bolsillo una inútil llave que jamás volverá a ser utilizada, pero que representa la última esperanza de poder recuperar la vida de la que te han despojado.

La incertidumbre se convierte en tu maldita aliada de viaje, un nuevo estado natural, sin saber si lo que vas a encontrar tras la puerta es la acogida o el más profundo rechazo, la culpa que no cesa o la necesaria paz, el cálido abrazo o la patada más ruin, el incomprensible maltrato o el reconocimiento más humano. En definitiva, un nuevo hogar donde rehacer tu vida o un infierno donde simplemente sobrevivir.

Esta es la vivencia de millones de personas que se ven obligadas a huir en un éxodo como el que no se había vivido en la historia contemporánea desde la Segunda Guerra Mundial.

65 millones de personas, con ojos y corazón, nombre y apellidos, historias y vivencias que podrían conformar un país más grande que España, se encuentran en estos momentos buscando refugio en algún lugar.

Entre tanto, desde la otra orilla, la deshumanización y el rechazo están cada vez más presentes. Una Europa convertida en fortaleza, que apuesta con más fuerza por las vallas y los muros que por tender puentes, está mostrando la peor de sus caras.

La mal llamada crisis de refugiados, no es otra cosa que una profunda crisis de valores de un sistema que expulsa personas por defecto, arrojándolas al vacío y arrebatándoles lo más fundamental, sus derechos. Se ven obligadas a huir buscando refugio, en condiciones inhumanas. En ese vacío se les acaba otorgando el papel de amenaza para el resto, que sí disfrutamos de los tan valiosos y escasos derechos, pese a que su único delito es tratar de recuperar lo que les ha sido arrebatado a la fuerza, el derecho a vivir en paz.

Cuando escapar es la única esperanza, no es posible pensar que lo que viene después puede ser mucho peor. El rechazo, la invisibilidad, el no ser nadie, el no ocupar un lugar, todo ello, mezclado con el desarraigo, provoca un daño irreparable y ahí es donde todos tenemos una responsabilidad.

En nuestra mano está que los obstáculos que se encuentran las personas refugiadas sean más llevaderos.

El asilo es un barco a la esperanza que, desgraciadamente, no siempre llega al refugio soñado. En nuestra mano está cambiar su rumbo y darles una calurosa bienvenida y acogida digna. CEAR Canarias lleva 30 años dando refugio de calidad y seguiremos haciéndolo sin aliento mientras este drama continúe.



Somos tierra de migrantes

Fernando Clavijo

Canarias tiene siempre sus puertas abiertas. Lo demuestra nuestra historia. Una historia de éxito nutrida de personas de diferentes orígenes que eligieron nuestras islas para hacer sus vidas y sacar adelante a sus familias. Somos tierra de migrantes, primero lo fuimos de emigrantes y ahora lo somos de inmigrantes.

Ahí nace nuestro compromiso con aquellas personas que buscan refugio en nuestro Archipiélago para rehacer sus vidas después de haber sufrido severa escasez económica o, aún peor, riesgos de sus propias vidas a causa de la violencia de conflictos bélicos.

En 2006 mostramos nuestra vocación de pueblo abierto y generoso con quien toca a nuestra puerta. Y costó mucho hacer entender a las autoridades españolas y europeas que la llegada irregular de personas a nuestras costas no se frena con muros ni vallas. No hay barreras que detengan el miedo y el dolor que sufren millones de personas.

Lo dijimos entonces y lo repetimos ahora: el reto de la emigración, todavía más el de las personas refugiadas, no se soluciona construyendo muros de

incomprensión. Este reto atañe a toda la sociedad y solo se soluciona con compromiso, trabajo y valentía.

Porque con los muros, con las vallas y las alambradas, la solidaridad se olvida rápido. Solo hay que ver la escasa respuesta de Europa y la utilización espuria que de este importante reto presente y futuro hacen ciertos líderes políticos de discurso xenófobo.

Reitero que Canarias mantiene sus puertas abiertas. Como ya hicimos hace una década cuando los migrantes llegaban en cayucos a nuestras costas, cuando la ciudadanía, de forma espontánea y altruista, sacó ropas y alimentos de sus casas para brindar sustento a los supervivientes de estas travesías que, por desgracia, a veces acaban en tragedia.

Quiero alentar el optimismo y felicitar a CEAR por sus 30 años de trabajo generoso en Canarias. Desde el Gobierno que presido continuaremos trabajando para que se agilice la llegada de refugiados a España, para que se reforme el sistema nacional de acogida y para que, entre todos, seamos capaces de construir un mundo más solidario.

¿Sabes qué es el derecho de asilo?

1939 Segunda Guerra Mundial

1945 Años de guerra provocan una gran cantidad de refugiados a los que es necesario proteger

1948 Declaración Universal de los Derechos Humanos

Queda recogido como derecho humano en el artículo 14

1951 Convención de Ginebra

Se establece quién es una persona refugiada y las obligaciones de los Estados

1967 Protocolo de Nueva York

Elimina la restricción temporal y geográfica que estipulaba la Convención

1978 Constitución Española

Se reconoce por primera vez el derecho de asilo

1984 Ley de Asilo

Se concretan los procedimientos y los requisitos para acceder a la condición de refugiado

2009 Actual Ley de Asilo

Incorpora las normas vinculantes de la UE e incluye otras formas de persecución

¿Sabes qué es el derecho de asilo?

Es un derecho de toda persona a buscar protección fuera de su país cuando huye de un **conflicto** o de una persecución que pone su vida en peligro por su **raza, religión, género, orientación sexual, grupo social, nacionalidad u opinión política**.

firmado por
+ de 140 países
obligados a su cumplimiento



2007 Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea

Los Estados de la UE reconocen y refuerzan el derecho de asilo como un derecho fundamental

CEA(R)

Comisión Española de Ayuda al Refugiado

Una política de civilización

Carolina Darías

A comienzos del año pasado, el Parlamento de Canarias asumió el reto de elaborar un informe testimoniado y participado sobre la situación de los movimientos mixtos de población en Europa y la necesidad de ofrecer respuestas a este fenómeno desde el respeto a los derechos humanos, concordantes con los valores y aspiraciones europeos y que sirvieran de base, en el futuro, para una política de civilización definida por los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS).

El documento, realizado en el marco del grupo de trabajo *Movimientos Migratorios y Derechos Humanos* de la CALRE, la conferencia que engloba a los parlamentos regionales de toda Europa, lleva por título ‘Movimientos mixtos de población y derechos humanos: una respuesta civilizada’. A través de cinco volúmenes recoge el relato, la experiencia y las buenas prácticas de más de una treintena de organizaciones y personas expertas en la materia, aportaciones que a su vez dan pie a un conjunto de iniciativas y respuestas susceptibles de ser asumidas por las asambleas regionales de la Unión Europea (UE).

Desde el principio contamos en este proyecto con el apoyo y el testimonio de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR) en Canarias. Con una experiencia de más de treinta años en las islas, CEAR ha acreditado su vocación por la mejora de los recursos sociales en materia de atención a los movimientos mixtos de población, así como por el trabajo y la dedicación para desarrollar proyectos y acciones encaminados a la consolidación de unas políticas de integración social más eficientes.

Hace poco más de una década, Canarias atravesó una situación difícil con la llegada de miles de personas a nuestras costas, momentos en los que el papel de las instituciones públicas, pero también de organizaciones como CEAR, hizo posible diseñar un modelo de gobernanza de los flujos migratorios para responder de manera eficaz, por un lado, a la complejidad del fenómeno y, por otro, a la obligación con los derechos y necesidades de las personas.

Gracias a aquella labor “delicadamente consciente y altamente responsable”, como diría Marta Nussbaum, protagonizada por sector público y tercer sector, Canarias es una referencia por comprender, antes que otras naciones y regiones europeas, el desafío moral, humanitario y global ante el que nos encontrábamos.

Pero no ha terminado. Es más, hoy asistimos a un éxodo planetario, a lo que se ha venido a denominar ‘desplazamiento del mundo’; no en vano, cada día se producen más movimientos de personas por el planeta que nacimientos. Europa, pero también nuestras regiones y pueblos, vuelven a afrontar ahora la necesidad de encontrar una respuesta civilizada a esta crisis humanitaria, respuesta que inevitablemente tiene que venir marcada por el horizonte de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, por la Agenda 2030 de la ONU.

En este reconocimiento a CEAR por sus treinta años de historia, no me queda sino animar a la organización a continuar firme en su compromiso con la

defensa del derecho de asilo, de la acogida y con la lucha en origen contra el desarraigo y el desplazamiento forzoso de las personas. Y recordar que, en la cuestión de los grandes movimientos de población, resulta fundamental el diálogo, compartir experiencias y testimonios, así como lograr, entre todos y todas, una comprensión suficiente de un fenómeno muy complejo. Sigamos trabajando juntos y juntas.



CEAR Canarias, 30 años de auxilio a nuestra gente

Antonio Morales

No conozco un modelo más rechazable en el diálogo público que aquel que se esfuerza en establecer barreras entre “nosotros” y “ellos”. Esta deplorable práctica no sólo fomenta el recelo y la confrontación entre iguales, sino que promueve una respuesta aún más dañina: la criminalización del diferente. En efecto, la intolerancia es el veneno de la convivencia, y no hay una sola sociedad que pueda considerarse a salvo de este peligro. Tampoco la nuestra, la sociedad canaria, por mucho que hayamos conocido la experiencia de la emigración y el exilio a lo largo de toda nuestra historia.

Saludo los primeros treinta años de actividad de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR) en el Archipiélago, desde la convicción que recoge el título de estas líneas: los refugiados también son nuestra gente. Esto es preciso dejarlo claro y defenderlo sin temor a la incompreensión. Si el asilo es un derecho humano recogido en las declaraciones internacionales, la Constitución de 1978 y las leyes vigentes sobre esta materia, es precisamente porque hay un hecho social que está por encima de nuestras diferencias de raza, credo religioso, género, clase o estatus. Porque hay realidades de nuestro tiempo ante las que no es posible la indiferencia, pues definen la calidad de nuestro proyecto común. La atención a los refugiados, a los maltratados por el conflicto, la violencia y la injusticia, también mide la salud moral de nuestra sociedad.

La prosperidad no es solamente una cuestión material o económica. Tiene que ver con otros indicadores que explican quiénes somos. Por fortuna, en los años precedentes hemos contemplado ejemplos luminosos de hasta qué punto la implicación conjunta de poderes públicos, entidades sociales y ciudadanos a título particular ha sido capaz de construir puentes de solidaridad y auxilio con los refugiados procedentes de África y Oriente Medio, principalmente.

Pero nos queda mucho por hacer. Organizaciones como CEAR están ahí, en primera línea, aportando su inspiración y ejemplo, su cualificación en la asistencia material y jurídica a los refugiados llegados a nuestra tierra. Con su compromiso les hace saber que esa leyenda presente en tantas capitales europeas, de que son bienvenidos, tiene visos de convertirse en realidad. Por ello, quiero en estas líneas de felicitación y ánimo, hacer mías las palabras del historiador británico Tony Judt: “Sospecho que estamos adentrándonos en un tiempo problemático. Las identidades se desenvolverán mal, mientras que los desarraigados golpean en los cada vez más altos muros de las comunidades cerradas. En este espléndido siglo nuevo echaremos de menos a los tolerantes, a los de los márgenes: a la gente fronteriza. Mi gente”. Pero eso es CEAR: gente nuestra que presta auxilio a quienes, llegados desde lejos, también son nuestra gente.



Vidas vivibles

María Nebot

En el siglo XVIII, pensadores ilustrados como Kant sostenían que las fronteras destinadas a impedir el libre tránsito de personas constituían un grave obstáculo para la paz. En su tratado sobre la Paz Perpetua, Kant plantea que sería necesario el consentimiento ciudadano para declarar la guerra, porque son quienes sufren sus estragos. A los gobernantes no les altera su placentera vida y pueden declararla por motivos nimios.

En el siglo XXI habitamos un mundo globalizado, dominado por un capitalismo financiero que no entiende de patrias ni fronteras, por grandes monopolios que fuerzan legislaciones y gobiernos que favorezcan el aumento de sus dividendos, sin miramientos por las personas, los derechos ni la vida.

El capital hace caja en el Norte del planeta con la venta de productos que elaboran con el saqueo de buena parte del Sur. El expolio se produce además en condiciones laborales insostenibles, con sueldos de hambre, trabajo infantil en muchos casos, inseguro e insalubre. Condiciones que precisan la complicidad de gobiernos locales, a los que el capital no chequea su calidad democrática ni humanitaria.

Así, por motivos económicos, medioambientales, sociales, políticos, de género, orientación sexual o identidad, millones de personas se ven empujadas a huir, a buscar lugares donde poder tener vidas vivibles. Pero lo que les espera al otro lado del mundo son murallas, alambradas llenas de concertinas y uniformados que les disuaden a porrazos, pelotazos de goma o mangueras a presión.

El Estado español, la Unión Europea en su conjunto, abre sus puertas cuando precisa mano de obra barata, pero se atrinchera tras fronteras insalvables cuando se desinflan sus burbujas de bienestar, cuando más necesaria es su solidaridad.

Aún así, quienes consiguen burlar las fronteras del hambre corren el riesgo de acabar en centros de internamiento, en prisiones, por el presunto delito de no disponer de documentación para aspirar a una vida mejor.

En este contexto necesitamos, más que nunca, instituciones comprometidas que estén a la vanguardia de la respuesta a cualquier crisis, medioambiental, económica, política o bélica. Instituciones que coloquen el respeto y el ejercicio de los derechos humanos por encima de las demandas del mercado.

Es necesario poner freno a los expolios y las economías dependientes, a las intervenciones y las guerras inducidas, para que todo el mundo sea libre de vivir en su propio país con plenos derechos garantizados.

Retomemos la necesidad de una paz cosmopolita, como planteaba Kant, reivindicemos un reparto justo de la riqueza, un modelo de desarrollo sostenible, un mundo sin condicionantes de género, un mundo de mestizaje cultural, étnico, religioso, un mundo amable, acogedor, solidario, por el que se transite libremente.



60 millones de personas desplazadas forzosas, una afrenta para la Humanidad

Carmelo Ramírez

Uno de los grandes problemas de la Humanidad es la desigualdad. Estudios solventes afirman que el 1 % de la población mundial dispone del 50 % de la riqueza. O lo que es lo mismo, visto desde el lado de los empobrecidos, el 99 % de la población mundial (7.425 millones de personas) tiene que vivir con el otro 50 % de los recursos. En este contexto se vive la tragedia de más de 60 millones de personas que se ven obligadas a desplazamientos forzados en todos los continentes. La condición de refugiado no lo es solo por persecución política, por ausencia de libertades democráticas o por represión de los derechos humanos. Lo es también por la miseria extrema en que vive más del 50 % de la humanidad, o por las guerras que se desarrollan en más de 20 países en casi todos los continentes. La gente tiene que huir del hambre, de la pobreza extrema, de la violencia local o de los lugares donde se desarrollan confrontaciones bélicas. Algunos conflictos como los de Siria, Irak, Afganistán, Yemen, Sudan, Libia, Ucrania, el Sahel, el África subsahariana o los que están enquistados en el tiempo como los de Palestina, el Sáhara Occidental o el Kurdistán, obligan a la población a huir de esos territorios para escapar de las bombas y de la muerte. Las grandes potencias del mundo, que coinciden en ser los productores y vendedores de armas, provocan y mantienen estas guerras, eso sí, en nombre de la libertad, la democracia y la defensa de los derechos humanos. Los principales productores y exportadores de armas son los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas: EE.UU, Rusia, China, Francia y Gran Bretaña. Todos con derecho de veto.

El drama de los 60 millones de personas desplazadas forzosamente es una afrenta para la humanidad. El mismo sistema, a través de la economía al servicio de las transnacionales, provoca el empobrecimiento, el hambre y la inequidad. El cinismo y la hipocresía con que los países de la Unión Europea afrontan la trage-

dia de los refugiados procedentes de Siria son un claro ejemplo de la injusticia, la insensibilidad y la falta de humanidad de estos países que se presentan como los garantes de los valores democráticos y del bienestar.

Frente a los brotes de intolerancia, de xenofobia y de desprecio a los refugiados, debemos fomentar los comportamientos de solidaridad, de acogida y de cooperación. Hay que denunciar las estructuras que originan estas injusticias y transformarlas para impedir que esta tragedia se siga prolongando y aumentando. Mi reconocimiento sincero al compromiso que, a lo largo de sus 30 años de existencia, CEAR ha venido desarrollando en favor de los refugiados.



Frente a los muros hay que resolver y asistir

Dunia González

Setenta años después de que los Estados firmantes de la Declaración Universal de los Derechos Humanos por la Asamblea General de las Naciones Unidas se comprometieran a respetar y hacer cumplir el conjunto de los derechos humanos, civiles, económicos, políticos, sociales y culturales, todavía está por cumplir la promesa de unos derechos humanos universales e indivisibles para todas las personas como única vía de hacer efectivo su derecho a un nivel de vida digno y el ideal de ser humano libre.

Nuestro mundo padece un nivel muy alto de violencia estructural, producida por las desigualdades económicas y sociales y que deja a 1.400 millones de seres humanos al Sur del planeta en situación de extrema pobreza y exclusión social.

Mientras esta situación continúe y se sigan vulnerando derechos, mientras tengan que seguir huyendo de las ejecuciones, de las desapariciones, de las restricciones a la libertad de expresión, de las torturas, malos tratos o detenciones y juicios injustos, de la persecución por la orientación sexual, del hambre y la guerra, Santa Lucía seguirá apoyando y ofreciendo un espacio para el refugio.

Por otro lado tampoco queremos ser cómplices de las atrocidades que se acometen, sobre todo en esta época de “crisis” económica en la que ya no son bien recibidos, pues no se les necesita como mano de obra, en los países receptores. Nuestra mayor garantía ha sido y es tener un Centro de Refugiados que permita su asistencia social, legal y sanitaria, así como su integración y convivencia.

El presente y el futuro de la humanidad debe estar cargado de acciones e historias que nos definan y enorgullezcan como humanos. Ofrecer un hogar seguro a las personas refugiadas es una de ellas.



30° aniversario de CEAR Canarias: gracias

Victoria Rosell

Como jueza de control del Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE) de Las Palmas, le debo muchísimo a la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR). Si el CIE es, como dice mi compañero Ramiro García de Dios -juez del Juzgado de Instrucción nº 6 de Madrid- un espacio opaco de no-derecho y de impunidad policial, la CEAR es una luz imprescindible.

Supongo que saben que muchas de las personas migrantes que llegan a nuestro país son detenidas. Ese es nuestro recibimiento. Pero migrar no es un delito; es un derecho, conforme al art. 13 de la Declaración Universal de Derechos Humanos (DUDH). No sé si conocen esa trampa legal: toda persona tiene derecho a salir de su país. Pero no el derecho a entrar en otro. Cuando parece que hemos evolucionado mucho, conviene recordar estas cosas. También que el precioso artículo 1 de la DUDH dice: Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros. Libertad, igualdad, fraternidad.

En España entrar o estar “sin papeles” es una infracción administrativa. Pese a ello se detiene a las personas, se las lleva a una comisaría de policía, y después a un Juzgado de Guardia, que autoriza –o no- privarlas de libertad para que se ejecute la orden de devolución dictada por la Delegación del Gobierno.

A otras sencillamente no se les permite entrar. Y otras son devueltas ilegalmente por la fuerza, pese a haber conseguido entrar en nuestro país, que presume de Estado de Derecho.

Me repele el argumento populista de que vienen a “quitarnos el trabajo” no solo por xenófobo, sino porque la realidad demuestra lo contrario: muchas de estas personas huyen de una situación de violencia y miseria o de destrucción de sus recursos naturales, que ha sido creada en sus países por los intereses de empresas y gobiernos del autodenominado primer mundo. De los países que paradójicamente presumen de civilizados.

Muchas de estas personas devueltas a sus países, o a quienes se deniega la entrada al nuestro y a toda Europa, deberían ser reconocidas como refugiadas y protegidas como tales. Pero no lo son. Con ello no solo desarrollamos una política de fronteras inhumana sino también injusta. No en sentido axiológico, sino positivo: una política de fronteras ilegal.

En España están vigentes la Convención de Ginebra de 1951 y el Protocolo de Nueva York de 1967 sobre el estatuto de los refugiados, además de la normativa europea y la Ley 12/2009 sobre derecho de asilo. También la Ley de Extranjería del año 2000, reformada en varias ocasiones. En esa legislación se garantiza –sobre el papel- el principio de no devolución y que ninguna persona será repatriada a un país en el que exista fundado temor de sufrir persecución –por motivos de raza, religión, nacionalidad, opiniones políticas, pertenencia a determinado grupo social, de género u orientación sexual- o un riesgo real de sufrir pena de muerte, tortura o tratos inhumanos o degradantes en el país de origen, o bien amenazas graves contra la vida o la integridad de los civiles motivadas por una violencia indiscriminada en situaciones de conflicto internacional o interno.

Aún no está legalmente reconocido el estatuto de refugiado económico ni ecológico, pero espero que en un futuro no muy lejano y más avanzado lo esté. Porque todo el mundo debería tener derecho a dar de comer a sus hijas e hijos.

Incumplimos esa legislación cuando no damos prioridad al derecho de asilo y refugio frente a la política de inmigración centrada en el control de fronteras. Cuando incumplimos el compromiso con la UE de reubicar y reasentar a menos de 17.000 personas refugiadas. Cuando llamamos a Turquía o a Marruecos “países seguros” pese a que nos consta que violan los derechos humanos. Cuando el gobierno no aprueba el Reglamento que la propia ley de Asilo preveía, haciendo otra trampa: el art. 38 de la Ley de Asilo dice que se desarrollará reglamentariamente la petición de asilo en las embajadas y consulados. Como no se ha dictado el preceptivo reglamento de desarrollo de la ley, esa posibilidad desaparece en la práctica. Entonces se empuja a las personas a realizar un viaje terriblemente peligroso y sin documentos hasta llegar a nuestras fronteras a solicitar protección internacional. Ponemos a esa gente en manos de las mafias que decimos combatir. Inauguramos en 2015 a bombo y platillo una OAR (Oficina de Asilo y Refugio) en Beni Enzar, en territorio marroquí fronterizo con Melilla. Pero no permitimos a las migrantes subsaharianas entrar a solicitarlo. Aunque vengan de países en conflicto, casi de huida obligatoria.

También es ilegal la práctica de las devoluciones en caliente. Llevamos años diciéndolo, y los gobiernos lo sabían. Pero no se han dado por aludidos hasta que finalmente ha sido el Tribunal Europeo de Derechos Humanos el que ha tenido que declararlo así. No se puede devolver a Marruecos por la valla fronteriza, ni por mar, a las personas que han conseguido entrar en territorio o aguas españolas sin abrir un expediente de extranjería con asistencia letrada y discriminar si son personas menores de edad, víctimas de trata de seres humanos o merecedoras de protección internacional.

En ese panorama tan sombrío, tan negro, CEAR intenta estar siempre presente para evitar que los derechos sean pisoteados, ninguneados, violentados por el propio Estado que exige a la ciudadanía el cumplimiento de la ley. Siempre pendiente de la protección de las personas más vulnerables, sin descanso. Es mucho más que una luz; es una madre. Gracias, CEAR.





Desde cuándo, hasta cuándo...

Antonio Lozano

La larga marcha de migrantes y refugiados hacia la fortaleza europea puede parecer un fenómeno reciente, pero no lo es. Sus causas se anclan en tiempos remotos. Entre 1444, fecha de la primera expedición de captura masiva, y 1888, fecha de la abolición de la esclavitud en Brasil, más de 25 millones de africanos fueron arrebatados a sus tierras por las potencias europeas. Pero solo se trataba del primer asalto de la agresión: tras el extraordinario expolio humano, la colonización –durante la cual el viejo y civilizado continente extendió su dominio sobre África, los países árabes y extensas zonas de Asia– se encargó de continuar el trabajo con la depredación de las materias primas. En ambos hechos, que figuran entre los crímenes más abyectos cometidos contra la Humanidad, se robó además la dignidad de millones de seres humanos, sometidos a extremos de degradación inauditos que encontraban su más terrible expresión en leyes coloniales como las del Indigenato, en la que la esclavitud –masiva una

vez más– adquiría en pleno siglo XX carta de naturaleza bajo eufemismos como el de trabajos obligatorios. Cuando las luchas por la independencia de los pueblos colonizados hicieron insostenible la situación, se programó el tercer asalto cuyo objetivo tan bien definió el general De Gaulle: Nos vamos para permanecer mejor. Con el nombre de neocolonización, los tiempos nuevos traían consigo a gobernantes despiadados y corruptos impuestos desde las antiguas metrópolis, la multiplicación del expolio de los recursos naturales, el control financiero y militar absolutos, el asesinato de los gobernantes que se atrevían a desafiar al poder colonial. Y las guerras, todas ellas dirigidas –en la sombra o no– por las potencias del mundo, cuyo objetivo (ese sí, oculto bajo falsas apariencias, llámense estas armas de destrucción masiva, lucha contra la tiranía o conflictos étnicos) era –y sigue siendo– el control total sobre las materias primas y una destrucción de estructuras sociales y económicas de los paí-

ses agredidos que permitan a quienes las provocan servirse impunemente y a sus anchas, impidiendo de paso cualquier posibilidad de desarrollo, porque maniatados los estados, estos resultan ser mucho más manejables.

Las consecuencias de esas guerras y de la miseria provocada por el expolio y la imposición de gobiernos dictatoriales ya las conocemos. Por los caminos del mundo transitan millones de seres humanos -los condenados de la Tierra, los llamaría Fanon-. Buscan un refugio, huyendo del hambre y el fuego nacido de los planes de los países poderosos. Los mismos que elevan muros físicos y legales en torno a ellos, que les reclaman que regresen a “sus países de mierda”, y que se erigen en el modelo absoluto de democracia y civilización.

¿Es aceptable cerrarles las puertas en las narices, devolverlos al infierno, permitir que terminen vendidos como esclavos en los mercados de Trípoli, despojados de sus órganos destinados a cubrir las necesidades de los ricos, condenados, niños y mujeres, a la explotación sexual sin límites? ¿Es posible seguir defendiendo un mundo en el que el asilo y la seguridad del ser humano hayan sido desnudados de cualquier valor, de cualquier sentido, por quienes los provocan?

Hace unos días tuvo lugar la Cumbre de Davos. Algunos de los dirigentes del planeta convocados al congreso de los ricos tuvieron la ocasión de participar en un taller de sensibilización sobre el tema, llamado *Un día en la vida de un refugiado*. Entre ellos figuraba, entre otros, Felipe VI. Entre los patrocinadores de tan tierna iniciativa, multinacionales con J.P. Morgan o Nestlé.

¿Cuánta mentira, cuánta indignación más necesitamos para decidir que hay que transformar el mundo, para entender que no son ni los fabricantes de chocolate, ni los jugadores de Monopoly, ni tampoco los reyes quienes se decidirán a hacerlo?



Llegaban de todas partes, como flechas

José Naranjo

Llegaban de todas partes, atravesando como flechas países de los que nunca oímos hablar. Se presentaban así, de súbito, en la oscuridad de una noche mayorera preñada de carreras y de gritos y de miedos, en la mitad de un parque amurallado de “y tú quién eres” y de “a qué has venido”. Aprendimos a verlos, a distinguir sus contornos. Pero para eso tuvieron que morir y volver a nacer, tuvieron que llamar a la puerta una y otra vez, sin descanso, tuvieron que alongarse por la ventana del salón y tirarnos de las orejas. Tuvieron que sacudirnos.

No eran todos iguales. Qué va. Soulei era nieto de esclavos (sí, nieto) y se reía a bocanadas. A Freedom le gustaba hacerse las trenzas y Mamadou contaba con los dedos de las manos y se equivocaba siempre. Cuando dijimos que eran muchos, demasiados, él respondió que vendrían más y no tuvo manos para contar a todos los que aguardaban al otro lado. Hablaban y hablaban de guerras y otros espantos, pero nos pareció la historia de siempre. Nadie escuchó lo que tenían que contarnos, que en realidad se refería a nosotros mismos.

Está bien, seamos civilizados (no como ellos), dijimos. Y nos pusimos manos a la obra en aquello que mejor sabemos hacer. Los etiquetamos, los metimos en cajitas y organizamos un reparto digamos (ay) solidario. Tú sí, tú no. A Soulei se le borró la sonrisa del disgusto y a Freedom se le deslavazaron las trenzas. Llenaron de palabras el aire y la parte interior de las puertas de los baños públicos, pero estábamos demasiado ocupados haciendo pelotillas con lo que quiera que fuera que nos sacábamos del ombligo. Tuvieron que resignarse. Muchos volvieron (ja) al lugar de donde vinieron.

La historia es vieja, pero también eterna. Va más de nosotros que de ellos. En realidad no tiene final (y mucho menos feliz).



Abdou, el primer negro albino que consiguió el estatuto de refugiado en España

Nicolás Castellano

No era uno más en otra playa canaria. Su imagen, aterido de frío y cubierto con una manta sobre la arena negra de playa de la Tejita, al sur de Tenerife, dio inmediatamente la vuelta al mundo. Llegó el 29 de marzo de 2009 y aquella impactante fotografía junto al relato de su huida forzada tras varios intentos de secuestro en su Bamako natal por su condición de negro albino, lo convirtieron en uno de los casos icónicos de la defensa del derecho de asilo desde Canarias. Abdoulaye Coulibaly quedará para la historia como el primer albino en convertirse en refugiado en España. Nunca antes la oficina de Asilo y Refugio del Ministerio del Interior había concedido un estatuto de refugiado a un africano por esta condición. Coulibaly, que tiene otros cuatro hermanos albinos, huyó de Mali por miedo, porque era discriminado y porque temía por su vida. De hecho, en dos ocasiones estuvo a punto de ser raptado por hombres que querían usar su piel para rituales, la última en 2007 cerca del estadio de fútbol de Bamako. Fueron las abogadas de CEAR Rocío Cuellar y Kimi Aoki las que tuvieron que elaborar un informe tan inédito como necesario para argumentar que ese joven, perseguido por su color de piel y los rituales de magia negra y superstición asociados al albinismo en algunas zonas de África, tenía que recibir protección en España. Contactaron con especialistas de Canadá como la ONG *Under the same sun* de protección a los albinos, y de África, como la fundación del cantante Salif Keita, mito de la música africana, también albino y de Mali, y elaboraron el dossier que logró que Abdoulaye Coulibaly consiguiera en tiempo récord el estatuto de refugiado. Abdou, un nombre propio del legado que CEAR Canarias sigue dejando en la defensa del derecho de asilo.



Bienvenidas Acá y Allá

M. Koldobike Velasco Vázquez

El mal, tiene once letras y es Capitalismo, está acá y allá.

Las opresiones con variedad de formas, están acá y allá.

Las exclusiones, explotaciones y precariedades, están acá y allá.

Los alimentos de plástico y la falta de alimentos, acá y allá.

Los acumuladores del poder y la riqueza y las desposeídas de las condiciones de vida, acá y allá

Las violencias, las guerras, los ejércitos, las armas, acá y allá.

Violaciones de derechos y encarcelamiento a las empobrecidas, acá y allá.

El negocio de las guerras se hace acá y allá ponen las muertas, torturadas, desaparecidas, violadas...

Los lujos del consumo acá y la contaminación y los residuos allá.

El cambio climático programado y enriqueciendo acá y colapsando allá.

Los derechos, la dignidad respetada y servicios públicos, ni acá ni allá.

Las libertades y diversidades respetadas y disfrutadas, ni acá ni allá.

La vida, su sostenibilidad y los cuidados en el centro, ni acá ni allá.

Acá y allá, allá y acá,
qué más da,

¿dónde está el acá y el allá...?

no es un tema de lugar, no...

sino de modelo de vida... del rescate de la comunidad y este capitalismo heteropatriarcal, clasista, colonialista, racista, ecocida y homicida... ni acá ni allá

Bienvenidas a ese otro mundo

urgente, necesario, equitativo, diverso, justo, desarmado, ecológico, feminista, no violento, con derechos y libertades

...acá y allá.

Menos mal y más movilidad...

y siempre que podamos es decir siempre, besos y versos y pan para todas, en caída libre.



No nos conocen

Khaly Thioune

Mi experiencia como emigrante en Las Palmas de Gran Canaria me parece interesante. Llegué en 2002 y la primera sensación que tuve en Canarias y en Europa fue que no nos querían, ni a mí ni a mi familia. La primera noche no dejé de escuchar en la televisión cómo hablaban de pateras y aparecían hombres negros. Pregunté qué era una patera y me dijeron que son barcos en los que viajan los africanos para llegar a Europa. La sensación era que la gente no quería ver a los africanos.

Empecé a dar clases de danza africana en la Universidad Popular. Vi de forma clara que la gente no quería relacionarse con africanos, pero considero que es y era porque la gente no nos conoce. Nos desconoce. Nos ignora.

En general, la población identifica a un africano con hambre, emigración, pobreza y tantas cosas que no quieren acercarse porque creen que los africanos solo somos un mito. Y no, existimos.

Y a partir de ahí decidí trabajar en colegios e institutos, con asociaciones de vecinos para poder acercarnos más a la población, pero usando la música y el baile como herramientas. Y al mismo tiempo intenté enseñar la realidad de África. CEAR siempre ha estado a nuestro lado. Hemos aprendido español gracias a CEAR y también nos abrió las puertas para conocer a más gente y llegar a más público. Y hoy en día seguimos trabajando de la mano.



También nosotros fuimos refugiados

José María Rodríguez

Les confieso que llevo por nombre el apodo de un guerrillero republicano cuyo rastro se perdió para siempre hace 70 años cuando su partida en el maquis quizás planeaba refugiarse en Francia en vista de que todo estaba perdido, mi tío abuelo, “El José María”, y que soy hijo de un obrero de un pueblo de Cantabria que emigró muy joven a Alemania a buscarse la vida de lo que fuera menester cuando en su tierra el trabajo escaseaba y las libertades... Las libertades ni se soñaban. También eso estaba prohibido.

Sé que no es buena costumbre en un periodista hablar de uno mismo. Esa es una máxima que procuro llevar a rajatabla en mi trabajo diario, pero se trata de datos de la biografía de mi familia que me recuerdo a mí mismo cada vez que siento que me he vuelto insensible. Hemos aceptado como una fatalidad del destino que miles de personas pierdan la vida engullidas por el mar en barcazas de miseria cuando creían haber dejado atrás una existencia marcada por la guerra, la persecución política, el odio racial, la homofobia que sigue campando por medio mundo o, simplemente, la pobreza.

De vez en cuando, nos sacude el horror de un naufragio con cientos de muertos en el Mediterráneo, la foto de un niño que se ahogó cuando sus padres ya habían conseguido ponerlo a salvo de los bombardeos en Siria o quizás una estadística que nos revela que, no hace mucho tiempo, el océano se tragaba a uno de cada cinco africanos que intentaba llegar en cayuco a Canarias. Mientras escribo estas líneas, está reciente una historia de muerte que ha devuelto a estas islas la imagen más cruel de las pateras: siete cadáveres en la puerta de nuestra casa, en una playa de Lanzarote.

Las cifras son frías y pasan rápido. Esos siete chavales tenían nombre, tenían madre, hermanos, quizás novias que ya solo podrán llorarlos, tenían proyectos de futuro... En esta tierra canaria que me ha acogi-



do saben bien lo que significa emigrar dejando todo atrás. Y también, por desgracia, han aprendido que la vida que uno ha construido al otro lado del mar en otro país, se puede hundir de repente cuando uno ya no tiene fuerzas, ni medios, para huir de ella. Así que ahora que la gente en Canarias de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR) me pide que escriba estas líneas, apelo a la parte de nosotros que nos hace humanos, que un día nos convirtió en ciudadanos, porque las cifras, la razón, las leyes, a veces, no bastan.

Como periodista debo ser objetivo, pero con los Derechos Humanos -y el derecho de refugio es uno de ellos- no debemos ser imparciales. Al contrario, la conciencia cívica nos obliga a ser parciales, partidarios, comprometidos. Y, a mí, cada vez que se me olvida, mi historia familiar me lo recuerda.

Sin precedentes

Luc André Diouf Dioh

El fenómeno de crisis migratoria al que se enfrenta Europa y el mundo destaca especialmente la situación de los refugiados y los solicitantes de asilo.

Según datos de ACNUR, 68,5 millones personas refugiadas, desplazadas internamente y pendientes de la resolución de protección internacional, alrededor de 22 millones son refugiados, de los cuales se calcula que la mitad son menores de 18 años.

Hoy en día la compleja realidad de los movimientos migratorios requiere soluciones no simples, sino más bien de la puesta en marcha de políticas reales, adecuadas, acertadas y consensuadas a nivel internacional para definir unos movimientos fluidos que permitan evitar el drama humano, la trata de blanca, la venta de migrantes para realizar trabajo de esclavitud, y evitar las muertes de personas que han convertido en fosas comunes el Atlántico, el Mediterráneo y las costas africanas.

La crisis de refugiados, sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial, ha generado una elevada alarma social al tiempo que ha animado un potente movimiento solidario tanto en Europa como en nuestro país, pero sobre todo con una mayor implicación de la sociedad civil, de las ONG y algunos partidos políticos.

La solidaridad y el respeto de los derechos humanos de los refugiados han sido una parte central a lo largo de toda la historia de nuestro partido, y por ello, atendiendo al contexto actual marcado por la evidente insoledad de la derecha europea y del PP en España, frente a la situación de millones de personas refugiadas en el mundo, en el 39 Congreso, nuestro partido, en su Ejecutiva Federal incorpora una Secretaría Ejecutiva de Política de Refugiados que viene a constatar el compromiso del partido con todas estas personas desplazadas forzosamente y que huyen de la inseguridad provocada por los conflictos armados de países como Siria, Afganistán, Eritrea, RDC, Sudán del Sur, Mali etc.

Debemos desvincular sin dudas la crisis de los refugiados de la lucha contra la inmigración irregular. Resulta evidente que para ordenar y regular la entrada de los flujos migratorios, Europa no puede renunciar al control de sus fronteras, pero es igualmente necesario que nos alejemos de la idea de una Europa como fortaleza infranqueable, porque no sería tan injusto como posible.

En este sentido debe combinarse y coordinarse la actuación de vigilancia de fronteras con el deber de hacer posible la entrada en condiciones de legalidad con respeto a los derechos humanos y a los convenios internacionales para los migrantes y la solicitud de asilo de personas que necesitan la protección internacional.

En España, nuestro partido siempre ha sido el abanderado de las políticas migratorias en pro de la diversidad, de respeto de los derechos humanos y de las personas migrantes, llámense inmigrantes económicos o personas solicitantes de asilo o refugiados.

Bajo gobiernos socialistas tuvimos la mejor reforma de Ley de Extranjería donde se pusieron en valor los derechos básicos de las personas migrantes. El Partido Socialista puso en marcha un proceso de normalización, cuando lo que se hacía hasta la fecha eran procesos de normalización. En cuanto a los refugiados, fue bajo gobierno socialista que tenemos la actual Ley de Asilo 12/2009, pendiente después de nueve años de gobierno popular del desarrollo de su reglamento.

La actual crisis de refugiados, inédita en su dimensión, en su raíz y en su afectación a la UE, es tarea de todos intentar contribuir a su solución. No existen fórmulas sencillas o inmediatas, pero debemos apartarnos de un ensimismamiento o de una resignación que no conducen más que a la repetición en bucle de los problemas.

Desde el punto de vista socialistas, conscientes de la dificultad del reto, pero con la convicción de poderlo cambiar en oportunidad, creemos que es necesario actuar, pretendemos realizar un enfoque de la realidad migratoria que intente abordar las múltiples dimensiones del mismo.

Debemos intentar atajar tanto la raíz del drama como sus consecuencias derivadas.

Es necesario trabajar para solventar los problemas humanitarios urgentes y combinarlos con las medidas a medio y largo plazo. Es necesario que intervengan instituciones internacionales, europeas, nacionales y locales.

Décimas de la persona refugiada

Yeray Rodríguez

1

Si un día pones rumbo a otros países
Procura ser turista adinerado,
No salgas como un pobre refugiado,
Huyendo de una guerra que maldices.

Cuando eres pobre no hay tierra que pises
Que no quiera borrar todas tus huellas,
Hipócritas fronteras como aquellas
Por las que libremente cruzan armas
Pero que encienden todas las alarmas
Cuando quieren cruzar los que huyen de ellas.

2

Volver es siempre el verbo preferido
De todo aquel que deja atrás su casa
Y el resto de la vida se lo pasa
Queriendo desandar el recorrido.

Volver es siempre un verbo presentido,
Sustancia para el canto o para el rezo;
El tiempo que separa el triste beso
Con que el dolor nos da la despedida
Del beso que nos viene a dar la vida
El día inolvidable del regreso.

Volver es siempre un verbo que conjuga
Quien tuvo que partir, hay mil razones;
No vuelven nunca igual los corazones,
El llanto del adiós nunca se enjuga.
Por eso el corazón llora y se arruga
Pensando en los que nunca han regresado,
Pensando en que no vuelve el maltratado
Diezmado y olvidado pueblo sirio
Que está sufriendo un bárbaro martirio
Mientras el mundo mira hacia otro lado.





Testimonio de una voluntaria

Alicia Justo

Comencé en CEAR en 2014. Llevaba tiempo con la intención de ser voluntaria en una organización y, a poder ser, que la misma guardara relación con los derechos humanos y las personas migrantes.

En CEAR he tenido la oportunidad de estar en varias áreas, lo que creo que me ha dado una visión más extendida de la labor que desarrolla en Canarias. Además, cada una de las acciones ha sido siempre muy diferente a la otra. He estado en sus stands de algunos encuentros, he colaborado en el área de comunicación actualizando bases de datos, apoyé en las clases de informática y, en la actualidad, participo como profesora de apoyo en las clases de español del nivel de alfabetización.

En realidad, aunque me he aventurado en describir las acciones que yo he realizado y realizo en CEAR, mi recompensa va más allá de lo que yo puedo aportar. Eso sí, reconozco que el apoyo del conjunto de voluntarios dan valor a la organización y que sin ellos muchos servicios que se ofrecen no podrían desarrollarse.

Sin embargo, desde un punto de vista más individual, tiene un peso mucho mayor todo lo que CEAR me ha regalado en forma de experiencias y enseñanzas. He conocido a través de testimonios que la vida no es tan fácil para las personas que no tuvieron la suerte de nacer donde yo lo hice, y por consiguiente, aprendí a relativizar muchos de mis problemas; fui más sensible a la hora de comprender los porqués de una determinada actitud; entendí que formar parte de una cultura diferente no convierte a la mía en la más idónea; supe que detrás de cada persona hay una historia, a veces dura, y que aun así se puede continuar sonriendo y, en todos los casos, agradeciendo a los demás. Lo que guardo de CEAR son las personas, porque a través de ellas, he desarrollado las buenas emociones y sé que estas nos las perderé jamás.

Retazos y recuerdos de mi *Carton Rouge*

Johana Flores

Noviembre de 2016, recién aterrizada en Canarias

Si me preguntan qué siento, puedo decir, que a veces, ni sé. Vivir bajo la incertidumbre de la condición de solicitante de asilo es estar en un limbo legal. El *carton rouge*, como le dicen mis amigos de este lado del charco, es la identidad del sin identidad. Entendiendo por el término de identidad, todos los referentes físicos y psicológicos vinculantes a mí misma en mi tierra.

El *carton rouge* (suena tan bonito decirle así), ese papelito duro, un día me alegró como una chiquilla; mientras que otro, me heló el hueso; cuando un funcionario lo tomo entre sus dedos y mientras lo batía como un abanico, preguntaba con incredulidad, que era esa cosa. No se daba cuenta aquel hombre, que me estaba batiendo mi fe a muerte... poniendo en duda mi identidad y condición.

Mayo de 2017

No sé a que hora llegué, ya no lo recuerdo. Sólo sé que me pararon, me preguntaron, me dijeron. Cara seria, voz ronca y en mí un corazón insonoro. De repente, un pase por aquí. Y vi un espacio con rejas. ¿Rejas?... Sí, rejas. Lo que venía después se llamaba “vuelta en caliente”. Solo pensé en mi hijo, una, dos, tres veces... repetía su nombre.

Una llamada costaba cuatro dólares, y duraba tan pocos, muy pocos minutos, que solo servían para decir: -“Necesito ayuda”-.

Pasaron cuatro días, después de eso mis dedos con tinta y ese miedo pegajoso.

Ha pasado un año desde ese día y todavía puedo decir que hacer esa carta alegando una solicitud de trámite de asilo es y ha sido una de las experiencias más desgarradora de mi vida. Fue sacarme el corazón vivo, fue

dejar a mis muchachos de la Universidad el futuro y la rutina por la cual había luchado 25 años, eran mis gatos, el olor a sofrito... mi patria.

Mayo de 2018

Un espacio seguro. Entrar a esas oficinas estrechas a pedir y a recibir apoyo. Me inventaba una vida y necesitaba socializar. Llegué al servicio de psicología y del voluntariado y empecé a dar clases, me reencontré... vaya terapia tan bonita.

En el servicio de empleo del mismo CEAR conseguí la sonrisa y el reconocimiento sincero de mi experiencia profesional y laboral (cosa que hasta ahora era casi invisible). Vi nuevamente la posibilidad de homologar, trabajar y de ser la que lucha por ser, durante casi 27 años. Por medio del CEAR logró hoy en día estar en uno de mis espacios de protección, cuento con un contrato y con unos “buenos días sonrientes”, todas las mañanas.

